

Domingo de Resurrección

4 de abril de 2021

- **Hch 10, 34a. 37-43.** Hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos.
- **Sal 117. R.** Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.
- **Col 3, 1-4.** Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.
- **Jn 20, 1-9.** Él había de resucitar de entre los muertos.

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto».

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

(Juan 20, 1-9)

1. Desde la Palabra de Dios

Recordemos que en el evangelio de San Juan, la Pascua —pasión, muerte y resurrección— es un “todo” en el que se nos señala la glorificación de Jesús. Por eso, el relato de las apariciones del Resucitado se nos presenta como la “nueva creación”, que inicia un gran “primer día de la semana”. Se ha iniciado un tiempo nuevo, el día memorial de la resurrección, llamado “día del Señor” (dies Domini, dominica, domingo).

María Magdalena se nos presenta como la primera testigo de la Resurrección —apóstol de los apóstoles—, que anuncia a la Iglesia —Pedro y el discípulo amado, el Papa y la Comunidad Eclesial— que el sepulcro está vacío.

El relato se inicia «cuando aún estaba oscuro»: Juan subraya la falta de luz para poner de relieve el contraste simbólico entre las tinieblas —falta de fe— y la luz —acogida de la buena noticia de la resurrección—.

María ve «quitada» la piedra del sepulcro: san Juan utiliza el mismo verbo que en la presentación de Jesús: como la losa del sepulcro ha sido quitada, desplazada, así el Cordero «quita el pecado del mundo».

Magdalena corre hacia los que comparten con ella el amor por Jesús y el sufrimiento por su muerte atroz, aumentado ahora con este descubrimiento. Se reúne con ellos quizás porque eran los únicos que no habían huido como los otros discípulos. Quiere compartir con ellos el último dolor por el ultraje hecho al cadáver.

La noticia es inicialmente decepcionante: «se han llevado del sepulcro al Señor». María teme uno de los robos de cadáveres que sucedían a menudo en la época, de tal manera que obligó al emperador romano a dictar severos decretos para acabar con

el fenómeno. Notemos asimismo que María toma el término «el Señor» —Kirios—, que implica el reconocimiento de la divinidad de Jesús. La afirmación «no sabemos dónde lo han puesto» nos puede evocar a Moisés, cuyo lugar de sepultura era desconocido (Dt 34, 10) —la pascua de Jesús es nuevo éxodo, nueva liberación y nueva Alianza—.

Es significativo que los apóstoles echan a correr: «corrían los dos juntos... pero el otro... llegó primero... pero no entró»: La carrera revela el ansia que viven estos discípulos, pero el pararse del “otro discípulo”, es mucho más que un gesto de cortesía o de respeto hacia un anciano: es el reconocimiento tácito y pacífico, en su sencillez, de la preeminencia de Pedro dentro del grupo apostólico, aunque esta preeminencia no se subraye. Es, por tanto, un signo de comunión.

Vieron «los lienzos en el suelo y el sudario... plegado en un lugar aparte»: ya el otro discípulo, sin siquiera entrar, había visto algo. Pedro, pasando la entrada del sepulcro, descubre la prueba de que no ha habido ningún robo del cadáver: ningún ladrón hubiera perdido el tiempo en desvendar el cadáver, extender con orden los lienzos y plegar aparte el sudario.

Tengamos en cuenta que quitar los lienzos al cadáver era complicado porque los óleos con los que había ungían los cuerpos, especialmente la mirra eran como un pegamento que adhería el lienzo al cuerpo, como en las momias.

Así, en el sepulcro todo está en orden, pero falta el cuerpo de Jesús. A diferencia de Lázaro, Cristo ha resucitado abandonando todo signo funerario: los comentaristas antiguos señalan que, de hecho, Lázaro guardaría sus vendas para la definitiva sepultura, mientras que Cristo no tenía ya más

necesidad de ellas, porque no volvería a morir (cfr Rom 6,9).

Como conclusión notemos que Pedro “vio”, como María Magdalena había “visto” al comienzo del relato. En cambio, se nos dice que el otro discípulo “vio y creyó”. Aunque la versión española traduzca todo con el mismo verbo, el texto original usa tres diversos —*theorein* para Pedro; *blepein* para la Magdalena; *idein* para el otro discípulo—, dejándonos entender un crecimiento de profundidad espiritual de este «ver» que, de hecho, culmina con la fe del discípulo.

El discípulo amado, la Iglesia, no ha visto nada distinto a lo que ya había visto Pedro, pero va más allá la especial sintonía de amor que había tenido con Jesús. Sin embargo, su fe es todavía una fe inicial, tanto que él no encuentra el modo de compartirla con María o Pedro o cualquiera de los otros.

Para el cuarto evangelista, sin embargo, el binomio «ver y creer» es muy significativo y está referido exclusivamente a la fe en la resurrección del Señor, porque era imposible creer verdaderamente antes que el Señor hubiese muerto y resucitado.

Es ahora cuando comienzan a comprender la Escritura: para aquéllos que habían vivido junto a Jesús ha sido difícil creer en Él y para ellos, como para nosotros, la única puerta que nos permite pasar el dintel de la fe auténtica es el conocimiento de la Escritura a la luz de los hechos de la resurrección.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, Feliz Pascua.

Hoy, en todo el mundo, la Iglesia renueva el anuncio lleno de asombro de los primeros discípulos: Jesús ha resucitado — Era verdad, ha resucitado el Señor, como había dicho (cf. Lc 24,34; Mt 28,5-6).

La antigua fiesta de Pascua, memorial de la liberación de la esclavitud del pueblo hebreo, alcanza aquí su cumplimiento: con la resurrección, Jesucristo nos ha liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte y nos ha abierto el camino a la vida eterna.

Todos nosotros, cuando nos dejamos dominar por el pecado, perdemos el buen camino y vamos errantes como ovejas perdidas. Pero Dios mismo, nuestro Pastor, ha venido a buscarnos, y para salvarnos se ha abajado hasta la humillación de la cruz. Y hoy podemos proclamar: «Ha resucitado el Buen Pastor que dio la vida por sus ovejas y se dignó morir por su grey. Aleluya» (Misal Romano, IV Dom. de Pascua, Ant. de la Comunión).

En toda época de la historia, el Pastor Resucitado no se cansa de buscarnos a nosotros, sus hermanos perdidos en los desiertos del mundo. Y con los signos de la Pasión —las heridas de su amor misericordioso— nos atrae hacia su camino, el camino de la vida. También hoy, él toma sobre sus hombros a tantos hermanos nuestros oprimidos por tantas clases de mal.

El Pastor Resucitado va a buscar a quien está perdido en los laberintos de la soledad y de la marginación; va a su encuentro mediante hermanos y hermanas que saben acercarse a esas personas con respeto y ternura y les hacen sentir su voz, una voz que no se olvida, que los convoca de nuevo a la amistad con Dios.

Se hace cargo de cuantos son víctimas de antiguas y nuevas esclavitudes: trabajos inhumanos, tráficos ilícitos, explotación y discriminación, graves dependencias. Se hace cargo de los niños y de los adolescentes que son privados de su serenidad para ser explotados, y de quien tiene el corazón herido por las violencias que padece dentro de los muros de su propia casa.

El Pastor Resucitado se hace compañero de camino de quienes se ven obligados a dejar la propia tierra a causa de los conflictos armados, de los ataques terroristas, de las carestías, de los regímenes opresivos. A estos emigrantes forzosos, les ayuda a que encuentren en todas partes hermanos, que compartan con ellos el pan y la esperanza en el camino común.

Que en los momentos más complejos y dramáticos de los pueblos, el Señor Resucitado guíe los pasos de quien busca la justicia y la paz; y done a los representantes de las Naciones el valor de evitar que se propaguen los conflictos y de acabar con el tráfico de las armas. (...)

Que el Señor Resucitado, que no cesa de bendecir al continente europeo, dé esperanza a cuantos atraviesan momentos de dificultad, especialmente a causa de la gran falta de trabajo sobre todo para los jóvenes.

Queridos hermanos y hermanas, este año los cristianos de todas las confesiones celebramos juntos la Pascua. Resuena así a una sola voz en toda la tierra el anuncio más hermoso: «Era verdad, ha resucitado el Señor». Él, que ha vencido las tinieblas del pecado y de la muerte, dé paz a nuestros días. Feliz Pascua.

Papa Francisco. 16/04/2017

3. Desde el fondo del alma

La noche de la cruz se ha iluminado para siempre Jesús, hermano, amigo, Señor.

Nuestra débil historia de mujeres y hombres a menudo desconcertados, se ha llenado de luz.

Nos has amado, Jesús, hasta morir en una muerte indigna; pero ese amor tuyo, pleno, total, definitivo, ha abierto las puertas de la vida para siempre.

En todas partes, Jesús, en las personas, en los acontecimientos, podemos descubrir la fuerza luminosa de tu vida.

Y por eso ahora, al celebrar tu resurrección, afirmamos con todo vigor nuestra fe en ti:

Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el enviado del Padre para salvarnos, Tú nos llenas de tu mismo Espíritu, a nosotros, a toda la Iglesia, y a todos los hombres y mujeres del mundo entero.

Es Pascua, Jesús, hermano, amigo, Señor.

Es Pascua, y tu vida es vida para toda la humanidad.